

Dioses de trapo

La Mitología griega nos presenta unos dioses con los mismos defectos y pasiones humanas; con sus hechos, sus fracasos y sus éxitos semejantes a los de simples criaturas, con las que a veces se confundían; únicamente su inmortalidad y su poder superior marcaban la diferencia de destinos.

Zeus, señor del trueno y de la tempestad, sembrador de desolaciones, era quien, enfurecido, y como padre de los demás seres del Olimpo, ponía de vez en cuando orden en el desorden que hombres y dioses con frecuencia suscitaban.

Hoy, en el siglo de la técnica, de la ciencia, donde muchos, mal fundados en esa ciencia y esa técnica, pretendemos negar al Dios de la Crucifixión o, sin negarlo, le volvemos las espaldas, hemos creado otra clase de dioses. No son, como los griegos, ni bellos ni fuertes; no poseen las dotes de inteligencia privativa de toda divinidad; para carecer, hasta carecen, en muchas ocasiones, del distintivo de raciocinio, de la capacidad de comprensión que suelen adornar normalmente a cualquier ser humano; pero, sin embargo, tienen en sus manos un poder destructivo, quizá como nunca soñaran aquellos poéticos habitantes del Olimpo, y no conocen límite para sus ambiciones ni humildad para su orgullo. Son dioses que no nacieron para tales y por ello carecen de la grandeza de quienes, como seres superiores, saben ceder porque sus condescendencias, lejos de restarles prestancia, les reviste de magnanimidad, que implícitamente lleva el reconocimiento de su elevación.

El mundo mira, entre sobrecogido y avergonzado, a esa nueva especie de hombres-dioses, en cuyas manos débiles

Lucena, 21 de mayo de 1960

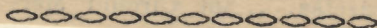
LUCERIA

Dioses de trapo

Viene de la primera página y apasionadas, se halla nuestro porvenir y que, desde la Ville Lumière, han arrojado sombras sobre una pobre humanidad cansada, de nervios deshechos y laxos, haciendo crecer la semilla de la incertidumbre; sobre una humanidad que únicamente desea trabajo y paz, vivir sin amenazas de aniquilación masiva y sin angustiosas inquietudes bélicas.

La única esperanza que cabe, es la de que ellos no participan del atributo de la inmortalidad, que son como dioses de trapo, pereceros en el mismo fuego que la Ciencia—el Zeus moderno que les dió poder— sea capaz de encender para dirimir las diferencias y conflictos que los separan.

M. Molina.



Desde la tercera página